

## CRONICA INTERNACIONAL

CADA vez que escribimos una de estas *Crónicas* nos asaltan varias dificultades. Es la primera, la farragosa repetición de los problemas, que produce la sensación de que el mundo no gira. Efectivamente: se trata de un error de perspectiva, pero con una base real. El mundo gira muy desigualmente, demasiado de prisa a ratos, demasiado lentamente en otras ocasiones. El afán de suscitar o acometer los problemas que no están maduros para su solución, característico de nuestra época, tiene una buena parte de culpa. Y son, precisamente, las grandes potencias oficialmente anticolonistas, y las organizaciones internacionales, más o menos afiliadas a la O. N. U., las que más inciden en ese afán, que no siempre nos parece un error inocente.

La segunda dificultad radica en la separación entre lo internacional y lo doméstico en materia colonial, o como ahora se dice, empleando un púdico vocablo democrático, «dependiente». Parece que ya hemos entrado en el mesiánico Estado que postulaba Wendell Wilkie en su «One World». Desde luego que las distancias se han reducido tanto como el viejo concepto de la soberanía absoluta de los Estados, que nunca rigió para los más débiles, ni en sus metrópolis ni en Ultramar. Pero la Humanidad no se ha homogeneizado tanto como para justificar la contumaz injerencia de los arcópagos internacionales y de los Grandes en los asuntos domésticos o ajenos, y, sobre todo, para que pretendan aplicarles recetas *ex-abstracto*, como si existiera el hombre sintético, igual en Nueva York que en la Costa de Oro.

Por último, una tercera dificultad radica en las últimas formas adoptadas por el viejo vicio de la hipocresía. Pues si la dualidad entre lo oficial o divulgado y lo real o consumado, es tan antigua como la civilización, jamás se ha llegado a un extremo tal en la audacia de los planes y en el «eufemismo» de las declaraciones —de algún modo habría que llamarle—. De forma que, al recoger sólo datos y acontecimientos públicos, no servimos al lector *todo*, ni lo más sus-

tancial de la realidad colonial del mundo, que resulta a veces inexplicable por la omisión de las cosas importantes que acontecieron entre cortinas o *sotto voce*. Al fin y al cabo, la Prensa y la información siguen siendo botín de grandes grupos monopolísticos, que difunden sólo sus verdades; con lo cual sólo siguen el ejemplo que les marcan organismos y cancillerías, a los treinta y dos años de prometer Wilson diplomacia pública y arreglo imparcial de los problemas coloniales.

Nosotros, los españoles, combatidos hace siglos por la piratería y por la leyenda negra, y preteridos más recientemente, tenemos a la vez experiencia para saber orientarnos y objetividad para no desviarnos una vez orientados. Y por eso lo que falte de pormenor informativo en estas Crónicas se compensará con el equilibrio objetivo de su sentido. Para aproximarnos al pensamiento de los Grandes, empecemos por fijar nuestra mirada en el Extremo Oriente. La victoria comunista en China ha desequilibrado de tal manera los factores de potencia en aquella región, que hasta el Departamento de Estado y sus «especialistas» viajeros o ex viajeros como Philip Jessup y Owen Lattimore han concluido por enterarse. La verdad es que la enorme China, hoy caótica y hambrienta, pero eventualmente disciplinada y explotada en un mañana posible, trata con parecida hostilidad a los occidentales que la han reconocido —Inglaterra— que a los que no han podido dar ese paso: Estados Unidos en cabeza. Si es verdad o no, como Dean Acheson afirmó, que tras los inocuos acuerdos de Moscú de 14 de febrero de 1950 se esconden compromisos secretos, el tiempo lo dirá. Hasta ahora no parece que Manchuria, Sin Kiang ni los «seis puertos» de Chin-Van-Tao, Haichov, Chefú, Vai-Hai-Vei Tsingtao y Puerto-Arturo se hayan convertido en territorio soviético. ¿Para qué? Toda China es una inmensa base a disposición de los bolcheviques, que empiezan ya a aplicar para el laboreo de los combustibles del Sin Kiang la fórmula de «empresa mixta», con control de la gerencia y del capital que tan buenos resultados les da en el Danubio. Pero China limita con muchos países y tiene en otros nutridas avanzadas que súbitamente pueden transformarse de pacíficos grupos de comerciantes y obreros, en activas quintas columnas. Y la mayoría de esos vecinos son países inestables, muchos de los cuales acaban de obtener en circunstancias turbulentas la independencia o una mayor autonomía, sin haber logrado una paralela emancipación económica o social. De ahí la preocupación de los occidentales, Estados Unidos incluidos, colocados ante una enojosa alternativa. Si emplean la ener-

gía se les acusará de volver al nefando colonialismo; si emplean el apaciguamiento, el Lejano Oriente se sovieterá, y de prisa. Tras de muchos equilibrios, Inglaterra, Francia y Estados Unidos (la primera en Malaya, la segunda en Indochina y el tercero en Japón) se han decidido por emplear la firmeza; pero la verdad es que los dos primeros no sólo necesitan la decisión, sino los medios para imponerla, que no están a su alcance. Por ejemplo, los 500 millones de dólares que la guerra ha costado —por lo bajo— en Indochina el último año, es algo que desborda las posibilidades francesas. De ahí que Inglaterra, sin dejar de mirar sumisamente hacia Moscú, por si dulcificara su gesto, ni de tender la mano abierta al inagotable bolsillo del ingenuo contribuyente americano, espera que sus Dominios le ayuden a «mantener sus responsabilidades» en Hong-Kong y Singapur. Sólo que de esos Dominios, los dos —Australia y Nueva Zelanda— que gustosos lo harían, después de lanzar por la borda al laborismo, creen llegado el momento de que la madre Patria revise sus procedimientos. No basta con cambiar a sir Edward Ghent por Malcolm MacDonald como Alto Comisario en Singapur, ni con imponer la ley marcial o el *whip system*, ni con llenar la jungla de patrullas, si el comunismo tiene buenos abogados en Londres. De los otros interesados, Ceylán tiene bastante con contener el comunismo en casa, y Delhi padece el mismo contagio filocomunista de Londres. En efecto, el pandit Nehru, oligárquico y expeditivo en la paulatina extinción absorcionista de los principados indios, e intransigente en la reclamación de Cachemira, ha reconocido a Mao Tsé, mientras acumula críticas contra Bao Dai. La actitud india repercute en el Pakistán, acosado al Oeste por la mala voluntad afgana y que es casi vecino por el Norte de la propia Unión Soviética, lo que le deja inmovilizado en su contento por haber logrado que Delhi aceptara la mediación de la O. N. U. —personalizada por Owen Dixon— en el pleito cachemireño, y por haber suavizado los «contactos» entre ambos países en Bengala, a través de los acuerdos de canjes de prisioneros y minorías y de represión de las violencias, firmados el 13 de mayo. Birmania, aunque esté fuera de la Mancomunidad, es su última criatura, y por su posición debe colcarse aquí. Pues bien: el Gobierno filocomunista de Thakin Nu, uno de los últimos restos de Frente Popular que quedan en el mundo, que todavía no ha concluído su agotadora guerra con la Karens y los comunistas, ya ha reconocido a Mao y desautorizado a Bao. En contraposición con esa actitud, Siam, emparedado entre Birmania e

Indochina, sin frontera común con China, pero con medio millón de chinos dentro y casi no pacificado después del «pronunciamiento» de Pridi Panomyong, ha reconocido a Bao, removiendo al sector opuesto del gabinete del dictador Pibul Songkram: el ex ministro Shot Sarasin.

No deja de ser curioso que Pibul, el «hombre del Japón», sea ahora el instrumento providencial de los anglosajones, y que el «hombre de la Resistencia», Pridi, refugiado en Canton, sea el de Moscú.

Francia, al parecer, había planteado en crudos términos a los Estados Unidos el dilema indochino: ayuda o abandono. Y los Estados Unidos, al parecer, han optado por lo último: 38 millones de dólares, ampliados hasta 75, importará por ahora esa ayuda, que según Schuman no está sujeta a condiciones políticas de ninguna clase. Pero los dos comunicados, de París y de Londres, o sea el bipartito y el tripartito, dejan las cosas menos claras; porque el Tío Sam sigue insistiendo en la independencia de los países sudorientales de Asia. y si combate el «expansionismo soviético» lo hace como a tal y no como comunismo. Y su ayuda —basada en la «responsabilidad» primordial que la motiva— menciona primero a los tres Estados indochinos y después a Francia. Indudablemente, el Quay d'Orsay tiene que maniobrar para contentar a su favorecedor, y ya se dice que el Gobierno vietnamita de Phan Long va a abrir legaciones en Londres y Wáshington, a comerciar, a efectuar reformas interiores (con una posible amnistía como en Grecia) y que controlará *mejor su ejército* «después de la paz» o sea *post-kalendas graecas*.

Pero no se defienden mucho mejor los países independientes, tras de los cuales aparece Wáshington en una forma u otra. Sygman Rhee ha revelado que hace un año pudo apoderarse fácilmente de la Corea bolchevique, y que el Departamento de Estado se lo prohibió. Hoy sucede lo contrario. El mismo *premier* japonés vaciló ante la sugerencia de Mac Arthur de proscribir al partido comunista, porque no sabe lo que le sucederá después, cuando la viuda de Roosevelt y el «Instituto de Relaciones del Pacífico» le califiquen de fascista. En Filipinas, Quirino lucha con la energía que puede contra los *hiks*. Pero por dentro le combaten los disidentes de Avelino, los «ciudadanistas» de Lorenzo Tanada —un nuevo partido popularizado por su condena de la corrupción— y los nacionalistas de Laurel. Y desde fuera, los Estados Unidos amortiguan los impulsos de coalición anti-

comunista, examinados por la Conferencia de Baguio, que, como la de Sydney —sucesora de la de Colombo—, aparece más como discutiadora que como resolutoria.

Finalmente, Indonesia entra por derroteros que no por previsibles se revelan como menos inquietantes. Mientras el peligro comunista queda en segundo plano, el grupo de Soekarno-Hatta, lucha victoriosamente desde Yacarta contra las protestas de los elementos federalistas más o menos proholandeses. Después de Westerling en Pasundán, fué Abdul Aziz en Macasar y Manhuttu en Amboina los alzados; sus fracasos y la detención del sultán Ramid II («Max») de Pontianak han dejado al federalismo prácticamente eliminado. Todavía funcionaban tres gobiernos locales (Sumatra Oriental, Borneo Occidental e Indonesia Oriental), cuando Hatta anunció el 17 de marzo el fin del federalismo y la creación de una República Indonesia fuertemente centralizada; lo cual supondría una alteración en el Estatuto de la Unión Indonésico-Holandesa que, sin duda, el último país impugnará, pero más bien platónicamente dada la actitud norteamericana de protección de Yacarta.

En resumen: mientras toda el Asia monzónica y la Especiería temen seguir la suerte de Hai-Nan, la Conferencia tripartita de Londres anunció el 14 de mayo una «colaboración» cuyas medidas prácticas son: represión del contrabando de armas, mutua información, propaganda antisoviética y ayuda a los gobiernos independientes de aquella área. Bastante o nada, según sea la aplicación efectiva.

Desde luego que el Lejano Oriente es la parte más agitada del mundo ultramarino. Pero no la única. El Próximo Oriente sigue distando mucho de ser una zona de paz estable, para disgusto de los diplomáticos americanos reunidos en Roma, que quisieran incorporar esa área al proyectado Pacto mediterráneo. Israel y sus vecindades árabes siguen siendo un foco de amenazas de hostilidad bélica. Porque ni los armisticios de Rodas, después del tiempo transcurrido, han enfriado los sentimientos ni dentro de cada país han desaparecido las apetencias.

A los armisticios ya viejos no les ha reemplazado todavía ningún Tratado de Paz. Para firmarlo, los árabes exigen el previo retorno de los desplazados, e Israel se niega. Además, Israel, que sigue armándose fuertemente, y que pese a su crisis financiera sigue instalando colonos en el Neyeib, sueña con ampliar su territorio, por lo menos a

toda Palestina; según el *Irgun Zuai Leumi*, al Líbano, Jordania y Siná. Por su parte, el Rey Abdullah ha formalizado la incorporación constitucional de Cis-Jordania al resto de su reino, contestando al traslado parcial del Gobierno israelita a Jerusalén la Nueva. Los dos países coinciden negativamente en oponerse a la ejecución del plan de internacionalización de la Ciudad Santa, que dentro de la O. N. U. encuentra el escollo de Rusia, con la secreta complacencia de los otros Grandes. Pero mientras Israel tiene el apoyo del judaísmo mundial, Jordania se ve combatida ásperamente dentro de la Liga Árabe por Azzam Bey y por Egipto; habiéndose propuesto por éste ir contra su gesto de la anexión imponiéndola sanciones que, por faltar el asentimiento de Iraq y Yemen no pueden llegar a la expulsión. Esa discordia mina la fuerza ya bastante mellada de la Liga, que en sus últimas sesiones ha adoptado acuerdos para todos los gustos, pues lo mismo acordaba recomendar una posición favorable a España en la O. N. U. que pedir la independencia del Africa del Norte. Aun fuera de la Liga, los Estados árabes han seguido discutiendo entre sí con más aspereza de la que deberían; ruptura económica entre Siria y Líbano, reproches entre Iraq y Siria, quejas de Egipto hacia Jordania e Iraq. Precisamente cuando Persia y Turquía, directamente fronterizas con la U. R. S. S., les dan ejemplo de orientación contra el aislamiento y la amenaza, aproximándose entre sí y ambos con el Pakistán. Y por cierto que el futuro Estado árabe de Libia ha encontrado su «lotería» en los extensos yacimientos petrolíferos al norte de Fezzán, que pueden suministrarle los recursos necesarios para sufragar desde 1952 su independencia.

Pasando el canal de Suez, encontramos que la victoria del *Wadfi* en Egipto no ha mejorado ni empeorado la situación de este país. Más hacia el Oeste, en el cuadro de febriles actividades económicas que la ayuda americana y el Plan Monnet promueve en el Magreb francés, pone una nota interrogante el descubrimiento de depósitos de armas en Philippeville, Bonne, Thebessa y otras localidades no muy alejadas del Aurés, teatro de la última insurrección. La mano de la policía señala hacia el antiguo Partido Popular y sus elementos más o menos dispersos, como complicados en el caso. En el resto de Africa, la situación es de ebullición, mayor o menor según los lugares, pero sin alterar la paz civil; salvo en Eritrea, donde prosigue el terrorismo chiftista. Por cierto que en el Africa occidental francesa...

y especialmente en Costa del Marfil, el R. D. A. («Rassemblement Démocratique Africain») sincroniza con los grupos revolucionarios de la Costa de Oro una amplia agitación racista vagamente comunista. Mas para encontrar agitaciones sociales violentas hay que llegar al *Rand*, en Sudáfrica. Allí sí que la Policía ha tenido que intervenir enérgicamente, sofocando ataques negros de doble contenido. De un lado, con la habitual marca de las reivindicaciones sindicales de los mineros. De otro, como expresión del malhumor indígena ante la continuación de la política de *apartheid*, que llega ya a extremos insospechados e incluso alcanza a los indios de Natal: separación de núcleos urbanos; nueva delimitación de propiedades o de la facultad de adquirirlas; revisión de los reglamentos educativos en que se basan las condiciones culturales y profesionales de los negros; en fin, mayor severidad ante ciertas faltas indígenas. El doctor Malaan prosigue su programa impertérrito ante el malhumor negro, la oposición interior, que en el Senado puede derrotarle; la actitud de la antigua metrópoli —a la que reclama la entrega de los «tres Protectorados», o sea Bechuanalandia, Basutolandia y Suasilandia— y las platónicas fulminaciones de la O. N. U. por su conducta racial y su gobierno en el Africa sudoccidental.

Acaso por esa relativa calma de Africa, a medida que los europeos —es decir, algunos, o sean los países con dependencia africana, salvo España— perfeccionan sus métodos de cooperación, los norteamericanos se disponen a que el punto IV de Truman, aplicado al continente africano, alcance y absorba los ensayos parciales de Euráfrica. Y de ahí el interés que leyendo entre líneas reviste el párrafo dedicado a Africa en la declaración tripartita de Londres del 14 de mayo. Aunque sólo habla de mejores condiciones sociales y económicas, sin especificar nada político, la presencia y el criterio de América se van a notar rápidamente en el futuro curso de las reuniones de cooperación, en las que, por cierto, la exclusión sectaria de España merece ser tenida en cuenta por los españoles ahora y cuando el día de mañana se invoque la solidaridad europea que ahora se viola sistemáticamente. Por cierto que, después de Egipto, algún pequeño país africano, como Liberia, ha dado el buen ejemplo a los grandes restableciendo sus relaciones normales con España, lo que también ha propuesto Malaan.

Si saltamos el Atlántico, el panorama del colonismo europeo es

aún más plácido. Entregados a sus arduas disputas intestinas, ciertos países hispanoamericanos han tenido que distraerse de sus reivindicaciones en el Caribe; o esta «distracción» en forma de tregua se ha impuesto como consecuencia de problemas más urgentes de carácter económico, como los abordados por Argentina. Aprovechando ese respiro, Holanda aumenta la autonomía de sus Antillas por medidas predecesoras de la II Conferencia de la Mesa Redonda. E Inglaterra avanza hacia la creación del Dominio del Caribe. Un primer paso está dado en el acuerdo de intercambio de personal y unificación de los servicios correspondientes: administración, agricultura, aviación civil y correos, bosques, sanidad y prisiones. El proyecto constitucional del Dominio prevé un sistema federal que constará a la usanza británica de un legislativo bicameral (una Asamblea y un Senado) con un ejecutivo diárquico: de una parte un Gobernador general nombrado por Londres, que designaría a seis ministros. De otra, un Presidente (*de facto* primer ministro) que escogería otros siete (aparte de él) como los restantes miembros del Gobierno. También habría un Tribunal federal de Apelaciones, sin excluir el recurso supremo al Consejo Privado. Ciertas materias quedarían «reservadas» a la decisión del Gobierno metropolitano en caso de discrepancias entre el Gobernador y los Poderes locales. Así las relaciones exteriores, la defensa y la estabilidad financiera del Dominio. En cuanto a sus servicios, muchos serían defederalizados, pero no todos. Y al parecer, las Bahamas, Malvinas y Bermudas quedarían fuera por su alejamiento.

En fin: concluyendo nuestra circunnavegación escrita del panorama ultramarino, arribamos a los mares del Sur. La Conferencia de Suva (Fiyi), continuadora de la de Numea, ha perfeccionado los métodos de colaboración ya iniciados por la Comisión sextapartita, cuyas realizaciones difícilmente podrán rectificarse en el futuro.

Como se ve, el mundo ultramarino, colonial o semicolonial, sigue desenvolviéndose al ritmo propio de los tiempos que vivimos. Sus viejos problemas dormidos se han despertado y nuevos problemas se han suscitado en forma muy poco favorable a sus antiguos dueños. Por ejemplo, el de la industrialización y el de diversas congestiones demográficas. Podrán o no encauzarse; pero lo mismo si lo son que si no, Europa tiene que modificar o despedirse de sus planes de recuperación mediante el aprovechamiento unilateral de los recursos coloniales. En un escenario —Oriente— son los hechos consumados



los que se lo prohíben. En otro —Africa—, por si éstos no son suficientes, está la presencia norteamericana con su tradicional dogmatismo anticolonista y su peculiar criterio de la «puerta abierta» y del libre comercio; que es en realidad el de beneficiarse de su privilegiada hegemonía económica y financiera, sin tener la carga de ninguna responsabilidad directa del «gobierno a distancia de las gentes de color». Mientras, la U. R. S. S. acecha y espera.

JOSÉ M.<sup>a</sup> CORDERO TORRES